



Dientes Teeth

Vol. 6, No.12 agosto-diciembre 2016
Contexto Odontológico



Pilar Alba Rodríguez
Correo electrónico: pilaralb@gmail.com
Unidad Académica Preparatoria/UAZ

Cuando se le comenzaron a caer los dientes supo que era un augurio. Creyó que guardándolos en una bolsa de cuero, podría evitar la consumación de los presagios. Caminaba a todas partes con la bolsa colgada al cuello, era lo más cerquita que aquellos dientes pigmentados podían estar de su lugar. Ser de pocas palabras ayudó a que nadie más se diera cuenta de la desgracia.

Parada frente al espejo abre la boca, grande, como queriéndose ver hasta las anginas. Los dientes frontales han desaparecido, sólo le quedan los colmillos y las muelas amarillentas, llenas de sarro. Se lava los dientes que le restan con carbonato, dicen que los contenidos químicos de éste evitan que las encías se debiliten. Al terminar se acuesta, pone la bolsa de cuero bajo la almohada. Duerme y emprende el viaje a los sueños por el camino de las premoniciones.

Ve una casa. El pueblo. La capilla que apenas si se distingue de las demás construcciones. A lo lejos el sol comienza a salir. Camina por la vereda de la entrada, sin zapatos, los pies ligeros apenas si rozan el suelo. Las nubes se vuelven verdes, el sol se hace oscuro, la luna aparece al mismo tiempo. Formando un triángulo con ella rodean la capilla que comienza a desvanecerse en el aire...

Una muela se le atora en la garganta, despierta asustada. Tose. Se golpea fuerte-

mente en el pecho y la expulsa. Trata de serenarse un poco, enciende una vela y busca por el suelo la muela. Inmediatamente se va hacia el espejo. Ahí está el nuevo agujero, el espacio vacío. La guarda en la bolsa con la certeza de que hay algo que no puede descifrar dentro de aquel sueño. Vuelve a la cama, con el temor de dormir otra vez, ya le quedan pocos dientes.

En el día va a la plaza, come algo en la fonda del centro, desde que le faltan tantos dientes el comer se prolonga. Busca con la mirada. La capilla ahí está, el cielo luce soleado y azul, nada relacionado con las imágenes del sueño.

Dentro de la capilla el párroco se pasea de un lado a otro de la sacristía. Se le ha perdido la caja de las reliquias, la que enviaron desde Roma cuando decidieron que ahí hubiera una nueva casa de Dios, es la piedra que se coloca siempre debajo del altar, en donde se guardan restos de los santos: pedazos de tela, cabellos, dientes y huesos pequeños. Dar a viso a las autoridades eclesiásticas sería fatal, cómo explicar el descuido, la falta, el robo, si ni siquiera tiene certeza de que tal hecho pudiese haber sido cometido, además en el pueblo quién y no se ha sabido de algún forastero. Y sobre todo la iglesia siempre permanece cerrada. La piedra estaba muy bien guardada, a quién le pudo interesar, habiendo tantos otros objetos de valor, es

bastante raro que nada más eso faltara. No tiene ni idea de lo que pasó.

En la fonda por fin termina su comida, va a rezar un rosario, a implorar ayuda para resolver los sueños. Las piedras de la iglesia se calientan con el sol, el caliche poroso deja entrar el sopor de la tarde. Después de la comida a cualquiera le da sueño. La somnolencia interrumpe la oración, obliga a quedarse dormido sobre el reclinatorio. El sueño llega.

Sale sin salir de la iglesia, otra vez con el cuerpo ligero y los pies deslizándose por el piso, pero ahora hay fuego por todas partes, las casas arden como la más combustible madera. Todo está inundado de fuego, pero no se escuchan gritos, nadie clama ni pide misericordia. Pasa por las llamas y no le tocan las vestiduras, sigue intacta caminando, atravesando el pueblo, hasta el camino de la laguna, ahí donde se pierde la vista en el movimiento del agua...

Un pequeño ruido seco la despierta, es un colmillo que ha caído y rebotado en la duela de la iglesia. Con rapidez lo toma y guarda en la bolsa, voltea alrededor, pero no hay nadie, a estas horas la iglesia está sola, a excepción del padre que sigue en la sacristía pensando qué hacer. Sin la caja de las reliquias en el altar no se puede officiar la misa. El rito no es válido.

Abrumada por la caída del colmillo camina otra vez hacia la plaza. La gente se reúne junto a la fuente. Se acerca a escuchar la historia del día: Don Martín se tiró a la laguna. Se hundió en el cieno. Pero qué andaba haciendo por allá ese hombre. Pues dicen que andaba borracho, ya llevaba tres días de juerga. Mire nomás ahora quién se va a quedar de alcalde.

Se aleja pronto de las murmuraciones, no quiere que la alcancen. Va su casa y se

encierra a esperar el sueño, a que como iluminación le llegue la respuesta.

Frente a la ventana observa, en el pueblo no ha cambiado nada, no hay algo que se parezca o le recuerde sus sueños. Todo tranquilo, en calma.

En la casa del alcalde las mujeres rezan rosarios por la salvación de su alma. Los hombres afuera platican en voz baja, no se sabe si por respeto o para evitar que alguien los oiga. Yo quiero ser ahora el alcalde, creo tener todo lo que se necesita para gobernar a un pueblo. Pues si a esas vamos yo también tengo los tamaños suficientes. Y qué dicen de mí, nomás pónganme a prueba y les demuestro quien es el mero hijo de mi padre.

Ella alejada de todo sigue quieta mirando a través de la ventana.

Un temblor la sacude, la tierra se cimbra, el polvo se eleva y nubla el pueblo. Ella no hace nada por aferrarse a la ventana o por buscar salir. Sigue ahí quieta, tranquila, sus pies se elevan del suelo, no puede pasarle nada. El pueblo hecho polvo a ras del suelo sucumbe. De las ruinas emergen hombres y mujeres que intentan salir. Ella ilesa busca entre los escombros sus dientes, se le han caído casi todos los que le quedaban, los colmillos y las muelas, ya sólo le queda una.

A través de la ventana sigue mirando. Las luces comienzan a apagarse, sólo se alcanzan a ver unas a lo lejos, las de la casa del alcalde. Con los dientes en la mano va a acostarse. Antes de poner la bolsa bajo la almohada mete los dientes que se le cayeron. Duerme con la certeza de que como ya sólo queda un diente pronto conocerá el secreto.

En el cabildo el secretario anda vuelto

loco, no encuentra el libro de las actas: defunciones, nacimientos, multas, propiedades; todo el erario inscrito ahí. ¿Cómo podría el interino gobernar sin él?, ¿cómo fabricarse así nomás uno nuevo?

Ella no ha salido de su casa, come solamente alimentos líquidos. Tiene muy pocas fuerzas para salir a la calle y enterarse de lo que pasa. Su único diente aún está ahí, los otros en la bolsa de cuero. Pero los sueños, las premoniciones parecen alejarse dejándola sin respuesta.

En la plaza, se comenta entre otras cosas su ausencia. Todos se la pasan entre habladurías y maledicencias. El párroco huyó del pueblo y de la capital no mandan quién lo sustituya. Cuando un barco comienza a hundirse las primeras en huir son las ratas. En el cabildo el secretario encerrado a piedra y lodo no permite que nadie entre a ocupar el puesto. Y aquí afuera es una rebatinga pues todos quieren ser los próximos en gobernar.

En el balcón de la casa, sentada en la mecedora, ella observa como el sol se mete lentamente en la laguna, los pájaros hoy no han cantado para dar gracias por el día que termina.

El sonido de tambores, gritos y disparos. Las nubes grises ocultando al sol. La noche iluminada por el fuego de las casas y todos los habitantes del pueblo corriendo de un lado a otro. Ocultos en el fondo de la laguna la caja y un libro verde. El olor de los muertos, de los quemados vivos, de la sangre que corre por las calles.

El último diente, la muela del juicio, cae en su regazo. Tal vez está sea la resolución de los sueños, pero eso afortunadamente ya no lo verán sus ojos.

